La comprensión de la Iglesia en *Camino*

Pedro Rodríguez
Universidad de Navarra, España

Camino, desde el punto de vista de las obras publicadas por su Autor, nos ofrece la *Urform* del pensamiento y de la vivencia eclesiológica de Josemaría Escrivá de Balaguer[1]. Esto exige una explicación.

En contraste con otros escritos posteriores, Camino no aborda los temas de manera discursiva y propositiva, sino como realidad vivida y comunicada. Que esto sea así es, sencillamente, consecuencia del tipo de libro que es *Camino*, es decir, de lo que en la edición crítica llamo su *intentio* y del modo de relación que el Autor desea establecer con sus futuros lectores; *intentio* y modo de relación que determinan la estructura del libro y su manera propia de abordar las materias. *Camino* no es un libro de teología ni sobre la teología sino un libro de fe y sobre la fe, es decir, un libro que testifica la fe vivida.

Esto trae como consecuencia que los grandes temas de la teología aparezcan aquí en cuanto que son los grandes temas de la fe. Por tanto, no enlazados por un discurso sistemático, sino intrincados unos en los otros, dentro de una peculiar y original estructura de exposición, que podríamos calificar de "antropología cristiana existencial" y de la que me he ocupado con un cierto detenimiento en la ya nombrada edición crítica de este libro. El tema cuasi-monográfico de esa propuesta es el "hombre *cristiano* —la mujer *cristiana*— en el mundo (vida ordinaria)", o lo que es lo mismo, la persona humana en su relación con Dios, con Cristo, con la Iglesia y con el mundo en el que vive, que no son —insisto— temas yuxtapuestos, sino continua referencia de todas las consideraciones que se contienen en el libro.

[1] Como trasfondo de toda la comunicación vid. J. Escrivá, *Camino*, edición crítico-histórica preparada por P. Rodríguez, Colección "Obras Completas de Josemaría Escrivá, I/1", Madrid 2002. Citado: *Camino* edición crítica.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Lo que decimos no es característica exclusiva de la doctrina sobre la Iglesia, sino algo que en *Camino* podría afirmarse de igual modo de otros campos de la teología: concretamente de su doctrina trinitaria y de su cristología. Pero se pone muy manifiesto en el campo de la eclesiología. Porque en *Camino* la Iglesia no sólo no es un "tema" junto a otros, sino que se constituye de alguna manera en el "habitat" de toda la propuesta cristiana del libro. Guarda en este sentido un paralelo con la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino. La Iglesia, como es bien sabido, no es en la *Summa* objeto de un tratado sistemático: es el "hogar", la condición de posibilidad de la fe que fundamenta y despliega el entero edificio teológico: en los lugares más sorprendentes pueden encontrarse profundas afirmaciones eclesiológicas. También en *Camino* la Iglesia está por todas partes y está como "clima", como "hogar", de una manera discreta: "que sólo Jesús se luzca, diría el Autor[2]. Por eso, Dios y su Cristo lo llenan todo en *Camino*, y la Iglesia, como en la teología de Orígenes, está arrodillada a los pies de su Señor.

1. Caminar "*in Ecclesia*": la línea eclesiológica de Camino

Pero junto a esta presencia diseminada y subyacente, el libro ofrece en su estructura interna una explícita consideración de la Iglesia. El estudio de las 46 piezas mayores (capítulos) que lo componen me ha llevado a concluir que la secuencia teológico-espiritual de *Camino* se articula en tres partes, cada una compuesta de dos secciones. Serían las siguientes:

I. *Seguir a Cristo: los comienzos del camino (caps. 1-21):*
a) oración, expiación, examen (caps. 1-10);
b) vida interior, trabajo, Amor (caps. 11-21).

II. *Hacia la santidad: caminar "in Ecclesia" (caps. 22-35):*
a) Iglesia, Eucaristía, Comunión de los Santos (caps. 21-25);
b) Fe, virtudes, lucha interior (caps. 26-35).

III. *Plenamente en Cristo: llamada y misión (caps. 36-46):*
a) voluntad y gloria de Dios, infancia espiritual (caps. 36-42);
b) vocación y misión apostólica (caps. 43-46).

[2] Cfr. *Forja*, 624.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Como vemos, después de una primera parte (caps. 1-21) que dibuja las coordenadas de la existencia personal del cristiano —"Seguir a Cristo"—, la parte segunda contiene una notable tematización eclesiológica. Esto me ha llevado, en la edición crítica de esta obra, a describirla con la fórmula "Caminar '*in Ecclesia*'". La comprensión de la Iglesia que es propia de *Camino* aparece sobre todo en los caps. 22, 23 y 24, con los que se inicia esta segunda parte y que son de nueva creación en el periodo redaccional de Burgos. Aquí se encuentra, a mi parecer, esa *Urform* eclesiológica, de la que hablaba al principio, que enmarca la eclesialidad de la propuesta espiritual de todo el libro. Una síntesis de esa eclesiología sería la siguiente:

Según Josemaría Escrivá, la Iglesia a la que se cree (517), a la que se ama (518), a la que se sirve (519), a la que se venera (522); la Iglesia que nos llena de alegría (524) y que nos agranda el corazón (525) es la Iglesia que confesamos en el Símbolo de la Fe (517). Escrivá la contempla, ante todo, como "*Ecclesia de Trinitate*": es la "Iglesia de Dios", la Iglesia-Madre, "mi Madre la Iglesia Santa" (cap. 22), en la que Cristo vive y viene a nosotros en la Eucaristía y en los sacramentos (cap. 23). Pero a la vez esta Iglesia es "*Ecclesia ex hominibus*": es la Iglesia-comunión y fraternidad de los cristianos, la *communio sanctorum* confesada en el Símbolo (cap. 24). La Iglesia, así entendida, se expresa "*in terris*" —existencialmente , en la vida de los cristianos— de una doble manera: a través de la piedad con Dios y con la Iglesia "in patria" (cap. 25, Devociones) y en el cultivo y despliegue de las virtudes cristianas en el mundo comenzando por la fe (caps. 26-35). La piedad y las virtudes de los cristianos son, según *Camino*, la presencia de la Iglesia en el mundo.

Esta es la línea eclesiológica de *Camino* en su Segunda parte. Habrá, pues, que examinar los textos concretos con una cierta atención.

2. *Unam Sanctam*: La Iglesia confesada en el Símbolo

Lo primero de todo es tratar de responder a esta pregunta: ¿De qué Iglesia habla en *Camino* Josemaría Escrivá? Su respuesta es nítida: de la Iglesia confesada en el Símbolo, de la *Unam Sanctam*, a la que llama "Iglesia de Dios" (519, 526, 683), "Iglesia de Cristo" (521, 683). Para el Autor de *Camino*, la Iglesia es, ante todo, el misterio de fe confesado en el Símbolo. Precisamente así comienza el capítulo 22 titulado "La Iglesia":

«"Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!..." Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Escrivá se sirve en este 517 del artículo eclesiológico del Símbolo Niceno-Constantinopolitano, y el contexto del punto nos hace comprender que el hogar de ese "saboreo" de que habla es la Santa Misa. Para Josemaría Escrivá el lugar por antonomasia para "sentir" la Iglesia es, efectivamente, la celebración de la Eucaristía, y, en su seno, el momento de la recitación litúrgica del Símbolo. Allí, la alusión al misterio de la Iglesia provoca esa "pausa" contemplativa y sabrosa, que es agradecimiento al Dios Uno y Trino, confesado en los artículos precedentes, por desplegar —hoy ahora— su acción salvífica en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica. La Iglesia se constituye así para el Beato Josemaría, desde el primer momento, en el *lugar* de su relación con Dios y de su alegría.

La doctrina de la Iglesia que subyace a la propuesta cristiana de *Camino* es, en efecto, fruto de una meditación de las *proprietates Ecclesiae* muy "pegada" a esa teología del Símbolo que se encuentra, por ejemplo, en el artículo elesiológico del *Catecismo Romano*, y distante en cambio de la "apologética de las notas" usual en la teología escolar de la época.

a) Sobre la catolicidad de la Iglesia

Esto que digo aparece sobre todo en las referencias que encontramos a la catolicidad de la Iglesia, que el Autor entiende en el sentido tradicional de universalidad. He aquí un punto significativo de lo que decimos:

«Ser "católico" es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. || —¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto»(525).

Como puede verse, ser "católico" no designa de manera inmediata la pertenencia a "una" Iglesia en cuanto distinta de "otras", sino una dimensión interior de los "hijos de la Iglesia" (cfr. 576) confesada en el Símbolo de la fe: en *Camino* no se utiliza la expresión designativa "Iglesia Católica", se habla siempre, como he dicho, de la Iglesia de Dios, de la Iglesia de Cristo o sencillamente de la Iglesia. Por eso, el calificativo "Católica", aplicado a la Iglesia o en contexto directamente eclesial, no es en *Camino* designación confesional, sino una interna propiedad de esa "Iglesia de Dios" reconocida en el Símbolo. El punto que comentamos pone de relieve que la "universalidad" de la Iglesia de Dios —en concreto, lo que se llama tradicionalmente en teología la "catolicidad extensiva": la "Catholica" de San Agustín— deja una huella en los cristianos conscientes de esa "catolicidad": un estilo de vida que fomenta la admiración ante las diversidades, captadas como insertas en la unidad universal, y que elimina en consecuen-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cia toda forma agresiva o excluyente de nacionalismo o de particularismo: ser "católico" es sentir como "míos" los afanes de los otros y extender, hasta que se haga "universal", el horizonte vital de cada existencia cristiana. Ya en el 7, recién comenzado el libro, había propuesto al lector esta consecuencia de la eclesialidad de la fe:

«No tengas espíritu pueblerino. —Agranda tu corazón, hasta que sea universal, "católico". || No vueles como un ave de corral, cuando puedes subir como las águilas».

En efecto, ese "caminar 'in Ecclesia'", que, como queda dicho, da unidad temática a esta segunda parte de *Camino*, se presenta al lector como un caminar en la fe y un vivir desde la fe. Por eso, la manera ordinaria que el Autor tiene de aludir a la eclesialidad de la fe es calificarla de "católica". Por ejemplo, el 582:

«¡Qué hermosa es nuestra Fe Católica! —Da solución a todas nuestras ansiedades, y aquieta el entendimiento y llena de esperanza el corazón»[3].

Aquí, "católica" se mueve en la línea de la "catolicidad intensiva": la fe católica es ciertamente la fe que la Iglesia de Cristo proclama en todas las partes de la tierra (es fe universal, católica extensivamente: la fe de la "Catholica"), pero eso es así porque la fe de la Iglesia es desde el principio idéntica a sí misma, es la fe de los Apóstoles ("apostólica") y está destinada nativamente a extenderse por todas las culturas y tiene, por tanto, potencia interna para ello. La fe de la Iglesia, desde sus orígenes, tan vinculados a un determinado lugar —Jerusalén, donde el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles—, era siempre "católica", universal. Esa es la fe de que habla *Camino* desde su punto primero: sencillamente la fe de la Iglesia.

El profundo sentido que tienen en *Camino* las dimensiones o propiedades de la Iglesia, se capta no tanto en las expresiones temáticamente eclesiológicas, sino en el reflejo de esa eclesiología en la imagen del cristiano que en el libro se va delineando. El punto de *Camino* que acabamos de comentar es un ejemplo elocuente. También lo es este otro, el 467, en el que, a propósito de la necesaria formación doctrinal y teológica de los estudiantes, habla de «la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios»[4].

[3] También: «¡Con qué infame lucidez arguye Satanás contra nuestra Fe Católica! Pero, digámosle siempre, sin entrar en discusiones: yo soy hijo de la Iglesia» (576).

[4] Texto completo del punto 467: «Libros. —Extendí la mano, como un pobrecito de Cristo, y pedí libros. ¡Libros!, que son alimento, para la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios. || —Extendí la mano, como un pobrecito de Cristo... ¡y me llevé cada chasco! || —¿Por qué no entienden, Jesús, la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo?».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Nótese la implícita secuencia del pensamiento: Iglesia —fe— inteligencia. El Autor contempla a ese universitario cristiano, sin decirlo, desde la realidad originaria del Bautismo, que lo ha introducido en la Iglesia, a la que ha pedido la fe ("*Quid petis ab ecclesia Dei? —Fidem*"), la Fe Católica, que, recibida con la gracia, está llamada a transformar al sujeto creyente, y concretamente su manera de pensar a Dios, al hombre y al mundo, hasta llegar a tener lo que Escrivá llama una "inteligencia católica". Aquí, las propiedades "simbólicas" de la Iglesia —católica, apostólica (de la "romanidad" hablaremos enseguida)— no aparecen por sí mismas, sino desde el vivir de un cristiano que quiere caminar '*in Ecclesia*'. Según *Camino*, la Iglesia confesada en el Símbolo existe en sus hijos —los cristianos, "hijos de la Iglesia"— y se hace históricamente operativa en su "pensar" y en su "vivir" a partir de la Fe. Pero a esta emergencia histórica de la Iglesia vendremos después. Ahora digamos una palabra sobre esta "romanidad" que nos ha salido al paso.

b) Sobre la "romanidad" de la Iglesia

En esta densa contemplación de la Iglesia a partir de las propiedades confesadas en el Símbolo, apenas hay alusiones directas a lo que hoy llamamos "estructura de la Iglesia". Que la Iglesia tiene una esencial dimensión jerárquica, que al frente de su vida y misión están los Obispos con el Papa a la Cabeza, que éstos desempeñan la función de magisterio y régimen, etc.: de todo esto casi no se habla en *Camino*. Todo eso es parte integrante de esa "formación doctrinal católica" que el Autor presupone en los lectores cuando escribe el libro[5]. Esa catequesis previa es la que le permite avanzar de manera directa hacia la proyección vital de los misterios[6]. Pues bien, en lo relativo a esta dimensión histórico-estructural de esa Iglesia, Escrivá concentra su atención en el Papa: en la comunión de todos los cristianos y de todas las iglesias con el Papa. Y, como siempre, no haciendo declaraciones formales sobre la materia, sino hablando del "hombre cristiano":

[5] Vid. *Camino* edición crítica, introducción al cap. 23 "Santa Misa" (p. 627).

[6] Todo eso es materia —entre otras muchas— precisamente de esos "libros" de los que habla en el punto 467. Ya se ve cómo, según el Autor, ese conocimiento, que se presupone en sus líneas fundamentales, debe crecer y potenciarse hasta llegar a ser habitual alimento para la "inteligencia católica" de un cristiano responsable.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Católico, Apostólico, ¡Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu "romería", "videre Petrum", para ver a Pedro» (520).

Aquí aparece de nuevo, de manera fuertemente explícita, la romanidad que ya hemos encontrado en el 467. En la formulación de ambos puntos se aprecia una resonancia de la tendencia, que se acentúa desde el Concilio de Trento, a ver en la romanidad como otro signo característico de la Iglesia histórica. ¿Qué presta esta "nota" a la comprensión de la Iglesia y del cristiano propia de *Camino*?

«Me gusta que seas muy romano». La lectura de este punto pone de manifiesto que para el Autor "romanidad" dice inmediata relación a Pedro y al Sucesor de Pedro. De ahí que el Autor fomente la praxis antigua de "ir a Roma" —la "romería"—, que expresa con las palabras paulinas "*videre Petrum*" (*Gal* 1,8). «Ormai nella prossimità del grande Giubileo, veniamo "*videre Petrum*"», decían hace tres años al Santo Padre un grupo de Obispos bizantinos, que hacían su visita "*ad limina Apostolorum*"[7]. También en *Camino Petrus* es simultáneamente Pedro y su Sucesor en la sede, e ir a Roma "*videre Petrum*", es a la vez ir a rezar a la tumba del Apóstol y visitar al Papa y rezar con él. El Autor de *Camino* exclama:

«Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón» (573).

En contraste con lo que hoy se advierte en ciertos planteamientos eclesiológicos, Josemaría Escrivá siempre puso en inmediata relación la romanidad con la universalidad de la Iglesia. Así lo explica él mismo en este pasaje de la llamada "homilía del Campus", pronunciada en 1967, que tiene una fuerte resonancia del punto de *Camino* que nos sirve de guía, aunque con una eclesiología ya muy desarrollada respecto a la *Urform*:

«Fe, hijos míos, para confesar que, dentro de unos instantes, sobre este ara, va a renovarse *la obra de nuestra Redención*[8]. Fe, para saborear el *Credo* y experimentar, en torno a este altar y en esta Asamblea, la presencia de Cristo, que nos hace *cor unum et anima una*[9], un solo corazón y una sola alma; y nos convierte en familia, en Iglesia, una, santa, católica, apostólica y romana, que para nosotros es tanto como universal»[10].

[7] Congregación para las Iglesias Orientales, *Servizio Informazioni Chiese Orientali*, anno 1998, p. 63.

[8] Secreta del domingo IX después de Pentecostés [en la liturgia anterior a la reforma del Conc. Vaticano II].

[9] *Act* 4, 32.

[10] *Conversaciones*, 123.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La "romanidad" de la Iglesia en *Camino* no es, pues, "latinidad", sino conciencia y expresión de la "universalidad" de la Iglesia, que comporta amor a la Sede de Pedro, "*centrum unitatis*", centro de la comunión que es la Iglesia Universal[11]. Es éste un tema que tiene, como vemos, un notable desarrollo en los escritos posteriores del Beato Josemaría, fruto de su creciente discernimiento del significado de la Sede Romana en la vida de la Iglesia.

Roma, es decir, Pedro, significa en la eclesiología de *Camino* no sólo universalidad en el sentido de "centro de la unidad" de la Iglesia, sino en el sentido de "centro de la misión" apostólica o si se prefiere centro del impulso misionero de los cristianos. Hay un punto de nuestro libro que expresa esto con toda claridad. Es el 833, que dice así en su segundo párrafo:

«Si tú quieres..., llevarás la Palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que "omnes cum Petro ad Jesum per Mariam"».

La fórmula "*omnes cum Petro a Jesum per Mariam*" es la más antigua fórmula del Beato Josemaría para designar la expansión apostólica de los cristianos: la misión de la Iglesia. Todo parece indicar que se remonta a la misma fecha fundacional del Opus Dei. Me propongo estudiarla en el Simposio Internacional de Teología de este año en la Universidad de Navarra. Ahora sólo me interesa decir que la misión así expresada, si no entendemos mal lo que acabamos de leer, es la comunión de los cristianos con Pedro en la búsqueda de la santidad personal, que exige y provoca la comunión misionera: llevar por todo el mundo la Palabra de Dios para atraer a todos los hombres *(omnes)* a la santidad, es decir, *ad Jesum*. La misión así realizada, según Josemaría Escrivá, es "el reinado de Cristo". Y todo ello *per Mariam*, es decir, desde la Iglesia-Madre y desde la Madre de la Iglesia. Pero esto nos introduce de manera necesaria en el tema siguiente.

3. Iglesia-Madre: la "maternidad" de la Iglesia

La *Unam Sanctam* del Símbolo de la fe, que da la matriz a la eclesiología de *Camino*, es experimentada y vivida por Josemaría Escrivá —ya lo hemos adelantado en la síntesis del § 1—, ante todo, como Madre. El punto emblemático y definitorio de esta vivencia es el 518, en el que resuena, como en todo el capítu-

[11] Bajo esta perspectiva se ilumina también el sentido de esa «inteligencia católica, apostólica y *romana* de muchos jóvenes universitarios» (467).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

lo 22, el sentido gozoso de la maternidad virginal de la Iglesia —¡mi Madre la Iglesia Santa!—, tan característico de la teología de los Padres:

«¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!».

Es un punto situado a continuación del "saboreo" del artículo eclesiológico del Símbolo. La crítica textual del 518 ha reforzado de una manera muy clara este primado de la maternidad en la consideración de la Iglesia que hace el Autor de *Camino*. Había escrito en primera redacción : «amo a la Santa Iglesia de Dios» y lo cambió después por lo que sería el texto definitivo, en el que designa a esa Iglesia Santa de Dios con el amor y la ternura de un hijo: «amo a mi Madre la Iglesia santa». Es, por otra parte, el estilo característico de *Camino*: se sustituye la expresión "objetiva" por la expresión "personal": "Santa Iglesia de Dios" no se cambia en "Santa Madre Iglesia" —fórmula sumamente tradicional—, sino en "*mi* Madre la Iglesia santa". Es ésta una fórmula que encontraremos de nuevo en el libro. A propósito de las actividades diabólicas, el Autor recuerda que, durante muchos años, «mi Madre, la Santa Iglesia [...] ha hecho que los Sacerdotes al pie del altar invoquen cada día a San Miguel» (750).

Esta fundamental dimensión maternal de la Iglesia, tan característica de la eclesiología de *Camino*, se forja, a mi parecer, en interna relación con la maternidad de María y guarda relación redaccional con el capítulo inmediatamente precedente, dedicado a la Virgen[12]. Interesante en este sentido es el hecho de que el Autor haya colocado el capítulo sobre la Iglesia —del que proceden los textos que comentamos y que es de nueva creación en Burgos— a continuación del capítulo dedicado a la Virgen, que ya estaba en *Consideraciones Espirituales*. Podría sostenerse con fundamento que esta segunda parte de *Camino*, de matriz eclesiológica, comienza precisamente con ese cap. 21, "La Virgen"[13] y la secuencia, claramente eclesial, sería ésta: María - Iglesia - Eucaristía - Comunión de los santos. En todo caso, el hecho es que la maternidad mariana y la maternidad ecle-

[12] Así comienza el capítulo 21: «El amor a nuestra Madre...» (492). La Virgen designada como Madre (de los cristianos, de los hombres) dentro del capítulo 21: «Di: Madre mía —tuya, porque eres suyo por muchos títulos—» (497); «llama a tu Madre Santa María» (498) «tu Madre» (501) «la Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso» (508). «Es una Madre con dos hijos, frente a frente: Él... y tú» (506). «¡Qué humildad, la de mi Madre Santa María!» (507). «¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria» (512). «¿Por qué no se lo dices a tu Madre: "consolatrix afflictorum, auxilium christianorum..."» (515). «¡Madre! —Llámala fuerte, fuerte!» (516).

[13] De la discusión de esta posibilidad me ocupo en *Camino* edición crítica, Introducción General § 11, 3, a (pp. 186s).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sial vienen propuestas por el Autor una a continuación de la otra: ambas, llenas de teología y de ternura. Retengamos esa interna relación entre la Virgen María y la Iglesia, en la que María, Madre de Dios y Madre nuestra, ilumina en *Camino* el sentido de la Iglesia-Madre. Ya dije que estamos sencillamente ante la tradición de los Padres, tal como se expresa, por ejemplo, en esta homilía de Agustín:

«A vosotros, a quienes estoy hablando, que sois miembros de Cristo, ¿quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia. Esta Madre santa, honorable, semejante a María, da a luz y es virgen»[14].

Clima patrístico que encontramos por ejemplo en una breve meditación de 1935, predicada tres años antes de establecer la secuencia eclesiológica que hemos visto en *Camino:*

«Ecce Mater tua! ¡María Inmaculada, mi Madre! Tres madres: Ella, la Iglesia y la que me dio el ser. Si preguntáramos a un alma enamorada... Tres amores que son un amor purísimo»[15].

La donación que Jesús en la Cruz hace de su Madre al discípulo amado, trae a la mente de Escrivá a la Madre Iglesia, que nos fue dada también en la Cruz en la sangre y el agua que brotó de su costado. El Autor de *Camino* contempla así el entero "misterio de la maternidad", y ve, dentro de él, al matrimonio y a la familia cristiana: a la mujer "que me dio el ser".

Digamos finalmente que ese sentido de la maternidad eclesial es el que le da seguridad cuando vienen las tentaciones contra le fe:

«¡Con qué infame lucidez arguye Satanás contra nuestra Fe Católica! || Pero, digámosle siempre, sin entrar en discusiones: yo soy hijo de la Iglesia» (576).

Este remitirse a la Iglesia Madre en todo lo relativo a la fe es, como han mostrado muy bien Johann Adam Möhler y Henri de Lubac, la forma acuñada por la tradición para expresar que la fe personal adquiere su solidez y su fuerza sumergiéndose en la "fe de la Iglesia", dejándose rectificar y purificar por la Iglesia, que es el sujeto integral de la fe, el verdadero sujeto de esa "Fe Católica" que confiesa Escrivá.

En este contexto eclesiológico de la maternidad de la Iglesia hay que situar las consideraciones que en *Camino* se contienen acerca de la figura del sacerdote —"tu padre, el Sacerdote" (75)—, que es visto sobre todo como "otro Cristo" y ministro de la Palabra —en la que incluye la dirección espiritual— y de los Sacramentos.

[14] San Agustín, *Sermón 72 A*, 8; BAC 441, 1983, p. 268.

[15] Plática "La Santísima Virgen", en "Guiones de Ejercicios Espirituales", Madrid enero-1935; guión nº 20 (Arch. Gen. de la Prelatura del Opus Dei, sec. A, leg. 50-13, carp. 3).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El Autor ve el lugar privilegiado y la expresión primera de esa maternidad en la Liturgia sacramental (521-524 y 527) y especialmente en la Eucaristía:

«¡Qué bondad la de Cristo al dejar a su Iglesia los Sacramentos!» (521).

La Eucaristía, en efecto, corazón de la Iglesia y del "camino", "Sacrificio Santísimo del Altar" (530), es el tema del capítulo siguiente, el 23 ("Santa Misa"): la autodonación de Jesús en el Sacrificio, en la Comunión, en el Sagrario de nuestros templos: «Comunión, unión, comunicación, confidencia: Palabra, Pan, Amor» (535). Pero la Eucaristía, que es el don por excelencia de Cristo a los cristianos a través de la Iglesia-Madre ("Palabra, Pan, Amor"), es también la comunión de todos ellos: es la base de esa «comunión, unión, comunicación, confidencia» que será el tema del capítulo siguiente, prolongado en el ulterior.

4. Iglesia-comunión de los santos: la "fraternidad" de la Iglesia

En efecto, en los cap. 24 ("Comunión de los santos") y 25 ("Devociones") el tema sigue siendo la Iglesia, como en los dos capìtulos anteriores, pero ahora es la cláusula del Símbolo "*communio sanctorum*" la que domina las consideraciones: la Iglesia que es Madre es también la comunión de los cristianos. De la Iglesia-Madre de los fieles, *Camino* pasa a la Iglesia-comunión de los cristianos. El tránsito se realiza, como hemos dicho, a través del capítulo intermedio —la "*communio eucharistica*"—: la "*comunión de los sacramentos*" genera la "comunión de los cristianos". La secuencia subyacente es ésta: La Iglesia-Madre nos da la Eucaristía y los sacramentos, y los que en Cristo somos así una sola cosa debemos tener entre nosotros una solidaridad fraternal: cada uno cuida —debe cuidar— de los demás. He aquí el punto primero del cap. 24:

«Comunión de los Santos. —¿Cómo te lo diría? —¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la Comunión de los Santos para el alma» (554).

Josemaría Escrivá es fiel a su *intentio* al escribir el libro. No se detiene en consideraciones "teóricas" sobre la cláusula del Símbolo: partiendo de la doctrina fundamental, que presupone, ofrece al lector en este brevísimo capítulo y en el siguiente una catequesis vital sobre el tema, fruto de su experiencia y que quiere animar al lector una experiencia también personal.

La doctrina de la Iglesia como fraternidad y comunión, o si se prefiere, el contenido clásico de la cláusula *sanctorum communio* se encuentra repartido, como ya he apuntado, en los caps. 24 y 25. El primero de ellos es el que titula de manera directa "Comunión de los santos" y en él se ocupa casi exclusivamente de la comunión entre sí de los cristianos en la Iglesia histórica y peregrinante. La

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fraternidad de que aquí se habla es la que debe darse entre los fieles que "militan" ahora en la Iglesia. Pero la Comunión de los santos es, desde el punto de vista teológico y dogmático, una realidad más abarcante: los "santos" son también y, en cierto sentido, ante todo, los que ya gozan de la visión de Dios *(Ecclesia in patria)* y los difuntos que se purifican antes de ser recibidos a la visión *(Ecclesia purgans)*. Pero el Autor de *Camino* sabe muy bien que este aspecto de la *communio* es el más conocido a nivel popular: para el cristiano medio la comunión de los santos consiste en rezar a los santos para que los santos del cielo intercedan por nosotros; también, rezar por las almas del purgatorio y su intercesión. Pero que la comunión de los santos es la comunión entre nosotros los cristianos de la tierra, esto estaba sumamente diluido. Pienso que es precisamente por eso por lo que en *Camino* Josemaría Escrivá invierte los términos, y a la hora de explicar la *communio sanctorum* subraya ante todo —desde una teología profundamente paulina y patrística— la solidaridad en la oración y en la misión que deben tener los cristianos de la *Ecclesia in terris*. En un segundo momento, y de manera sumamente original, explicará la interacción *Ecclesia in terris — Ecclesia in patria* que es propia de la "comunión de los santos".

Tal vez esta concentración "*in terris*" de la expresión "comunión de los santos" sea una consecuencia o una resonancia de la meditación que hace el Autor de los textos paulinos y que le llevó a escribir el punto 469 de *Camino*:

«"Saludad a todos los santos. Todos los santos os saludan. A todos los santos que viven en Éfeso. A todos los santos en Cristo Jesús, que están en Filipos". —¿Verdad que es conmovedor ese apelativo —¡santos!— que empleaban los primeros fieles cristianos para denominarse entre sí?

—Aprende a tratar a tus hermanos».

Como vemos, para Josemaría Escrivá, lo mismo que para San Pablo, los "santos" son sencillamente los fieles, los cristianos, hombres y mujeres seguidores de Cristo en las diversas circunstancias de la vida: ellos son "tus hermanos". La "comunión de los santos" designa pues en *Camino*, de manera primaria, esa gran fraternidad de los fieles en la Iglesia. De ahí que la "*communio*" sea conciencia de estar acompañado (545), apoyado por la oración de los otros (546, 547); y a la vez responsabilidad por los demás, que se expresa en vida de oración y de penitencia (548) —al estilo de San Pablo (550)— y en la fidelidad cotidiana a la propia vocación: la propia fidelidad al camino es la mejor ayuda a los demás. La "comunión de los santos" de que habla este capítulo es esencialmente oración y mortificación de unos por otros. Pero esta dinámica se prolonga en el "compartir" de los cristianos, descrito en otros lugares del libro, principalmente en el cap. "Caridad".

Finalmente, una palabra sobre la dimensión "vertical" de la *communio*. "Comunión de los santos" es ciertamente la fraternidad de los cristianos que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

"peregrinan en la tierra", pero, como dice el Vaticano II, la comunión confesada en el Símbolo es también con los que, «ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados, contemplando claramente al mismo Dios»[16]. Este aspecto de la *communio* es el que se aborda en el cap. 25. Pero Escrivá no se limita a la afirmación doctrinal de esta misteriosa *communio*, sino que dialoga con los lectores sobre las tradiciones eclesiales y la praxis devocional —el capítulo se llama así: "Devociones"— que, según su experiencia, permiten expresar de manera sencilla y piadosa esas relaciones que se dan en el interior de la Iglesia[17]. Aquí está, a mi parecer, esa originalidad a la que antes me he referido: que el Autor explica la doctrina de la comunión con la Iglesia del Cielo a través de las formas de vivirla. El Autor, en efecto, va señalando el camino práctico para que esa relación personal se lleve a efecto. Sigue un orden teológico: primero, formas de nuestra trato con "el hombre Cristo Jesús" (*1 Tm* 2, 5; 554-557); a continuación, modos para la comunión con los hombres y mujeres que nos han precedido en la fe, y con los ángeles: con la Virgen María (558) y con San José (559-561), con los Ángeles Custodios (562-570), con las almas del purgatorio (571s).

La Iglesia, dije al principio, es en *Camino* la Iglesia confesada en el Símbolo, que aparece a los ojos del Autor como Iglesia-Madre, Iglesia-Eucaristía, Iglesia- Comunión de los santos. A mi parecer, esta *Urform* eclesiológica se desarrolla, pero no se altera, en las obras posteriores de Josemaría Escrivá. Pero mostrarlo se sale ya del tema de la presente comunicación. Baste este apunte sobre la eclesiología de *Camino*.

[16] El texto completo de Conc. Vaticano II, Const. *Lumen Gentium*, n. 49 dice así: "Así, pues, hasta cuando el Señor venga revestido de majestad y acompañado de todos sus ángeles (cfr. Mt 25,3) y destruida la muerte le sean sometidas todas las cosas (cfr. *1 Co* 15,26-27), algunos entre sus discípulos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados, contemplando claramente al mismo Dios, Uno y Trino, tal cual es; pero todos, aunque en grado y formas distintas, estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios. Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu crecen juntos y en Él se unen entre sí, formando una sola Iglesia (cfr. *Ef* 4,16)".

[17] Una excepción a esta división de la materia entre los caps. 24 y 25 es el 573, referente al "amor al Papa". Pero si se pone este punto en relación con el 520 —ir a Roma "videre Petrum"— aparece el amor al Papa como expresión de la devoción a Simón-Pedro, tan característica del espíritu del Beato Josemaría, y del "misterio de Pedro". Vid. en *Camino* edición crítica comentario a 573. Vid. también 898.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

5. La práctica de las virtudes, presencia de la Iglesia en el mundo

Pero hay otra dimensión de la concepción de la Iglesia propia de *Camino* que no podemos dejar al menos de mencionar. La secuencia de esta Segunda Parte del libro, que hemos llamado "caminar '*in ecclesia*'", se despliega, ahora precisamente, una vez que se ha expuesto el ser de la Iglesia como *communio sanctorum* y fraternidad de los cristianos; se despliega, digo, en una descripción del vivir del hombre cristiano consistente en la práctica de las virtudes. Estamos ante la *operatividad* de la Iglesia, cuyo ser y estructura sacramental inspiraba los capítulos precedentes: *operari sequitur esse*. En efecto, la Iglesia-comunión en el Cuerpo de Cristo muestra ahora su fecundidad en la acción que sigue y revela a ese su misterioso ser. Con este motivo construye el Autor una suerte de antropología cristiana, que abarca toda la segunda Sección de esta Parte Segunda. Josemaría Escrivá va recorriendo las virtudes del Evangelio —comenzando por la Fe (caps. 26-32)—, situándolas en su específico contexto existencial: el sentido "militante" (caps. 33 y 34) y "escatológica" (cap. 35) que caracteriza a esta Iglesia "peregrina". La vida de los cristianos, así entendida y propuesta, tiene en *Camino*, estructuralmente, una específica significación eclesiológica: la vida de "los hombres y las mujeres de Dios" aparece a los ojos del Autor como la sustancia de la presencia de la Iglesia en la historia, "*ut mundus credat*" (*Jn* 17, 21)[18].

[18] Vid. sobre el tema P. Rodríguez, «La "exaltación" de Cristo en la Cruz. Juan 12, 32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en G. Aranda y otros (dir.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. José María Casciaro*, Pamplona 1994, pp. 573-601.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei